

Sarah Orne Jewett

Una Garza
Blanca



E LEJANDRIA

Sarah Orne Jewett

Una Garza
Blanca



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA GARZA BLANCA

SARAH ORNE JEWETT

PUBLICADO: 1886
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

UNA GARZA BLANCA

I

El bosque ya estaba lleno de sombras aquella tarde de junio, poco antes de las ocho, aunque un brillante crepúsculo resplandecía aún débilmente entre los troncos de los árboles. Una niña llevaba a casa su vaca, una criatura torpe, morosa e irritante por su comportamiento, aunque querida compañera a pesar de todo. Caminaban alejándose de la poca luz que quedaba, adentrándose en lo profundo del bosque, pero sus pies conocían bien el sendero, y poco importaba que sus ojos pudieran verlo o no.

Rara era la noche de aquel verano en que la vieja vaca se dejara encontrar esperando junto a las vallas del prado; todo lo contrario: su mayor placer consistía en esconderse entre los altos matorrales de arándanos, y aunque llevaba un cencerro ruidoso, había descubierto que si permanecía completamente inmóvil, este no sonaba. Así que Sylvia tenía que buscarla hasta encontrarla, y llamar ¡Co! ¡Co! sin que respondiera nunca un mugido, hasta que su paciencia infantil quedaba del todo agotada. Si el animal no hubiera dado buena leche y en abundancia, la situación habría parecido muy

distinta a sus dueños. Además, Sylvia tenía todo el tiempo del mundo y muy poco uso que darle. A veces, en los días apacibles, le servía de consuelo considerar las travesuras de la vaca como un inteligente intento de jugar al escondite, y como la niña no tenía compañeros de juego, se prestaba a este entretenimiento con bastante entusiasmo. Aunque la persecución había durado tanto que hasta el astuto animal había dado una señal inusual de su paradero, Sylvia no había podido sino reírse cuando encontró a la señora Moolly al borde del pantano, y la había azuzado cariñosamente hacia casa con una ramita de hojas de abedul. La vieja vaca no tenía ganas de alejarse más; incluso tomó la dirección correcta por una vez al abandonar el prado, y echó a andar por el camino a buen paso. Estaba dispuesta a que la ordeñaran, y rara vez se detenía a pastar. Sylvia se preguntaba qué diría su abuela por llegar tan tarde. Hacía mucho tiempo que había salido de casa a las cinco y media, pero todo el mundo conocía la dificultad de abreviar aquel recado. La señora Tilley había perseguido ella misma demasiadas tardes de verano a aquella tortura con cuernos como para culpar a nadie de entretenerse, y solo daba gracias mientras esperaba de tener a Sylvia, últimamente, para prestarle tan valiosa ayuda. La buena mujer sospechaba que Sylvia se rezagaba de vez en cuando por cuenta propia; inunca había habido una niña así para callejear al aire libre desde que el mundo es mundo! Todo el mundo decía que era un buen cambio para una criatura que había intentado crecer durante ocho años en una ruidosa ciudad industrial, pero para la propia Sylvia, era como si nunca hubiera vivido de verdad antes de llegar a la granja. Pensaba a menudo con nostálgica compasión en un miserable geranio que pertenecía a una vecina del pueblo.

—«Con miedo a la gente» —se dijo para sí la vieja señora Tilley con una sonrisa, tras haber tomado la improbable decisión de escoger a Sylvia de entre los hijos de su hija, camino ya de vuelta a la granja—. «Con miedo a la gente», decían. ¡Ya veremos si la molestan mucho allá en el caserío viejo!

Cuando llegaron a la puerta de la solitaria casa y se detuvieron a abrirla, y el gato acudió a ronronear con fuerza y a restregarse

contra ellas, un gato abandonado, ciertamente, aunque gordo a fuerza de petirrojos jóvenes, Sylvia murmuró que aquel era un lugar hermoso para vivir, y que nunca desearía volver a casa.

Las dos compañeras siguieron el sombreado camino del bosque, la vaca con pasos lentos y la niña con pasos muy rápidos. La vaca se detuvo largo rato en el arroyo a beber, como si el prado no fuera ya medio pantano, y Sylvia aguardó quieta, dejando que sus pies descalzos se refrescaran en el agua baja, mientras las grandes polillas del crepúsculo la rozaban con suavidad. Vadeó el arroyo cuando la vaca se alejó, y escuchó a los zorzales con el corazón latiéndole de placer. Había un rumor en las grandes ramas de arriba. Estaban llenas de pajarillos y animalillos que parecían bien despiertos, ocupados en sus quehaceres, o dándose las buenas noches unos a otros con soñolientos trinos. La propia Sylvia se sentía adormilada mientras caminaba. Con todo, la casa no quedaba ya muy lejos, y el aire era suave y dulce. No solía estar en el bosque a horas tan tardías, y le hacía sentir como si fuera parte de las grises sombras y las hojas que se mecían. Estaba pensando precisamente en lo largo que le parecía el tiempo desde que llegó a la granja un año atrás, y preguntándose si todo seguiría igual en el ruidoso pueblo, cuando el recuerdo del grandullón de cara colorada que solía perseguirla y asustarla la hizo apresurar el paso para escapar de la sombra de los árboles.

De pronto, la pequeña boscajera se quedó horrorizada al oír un silbido claro no muy lejos. No era el silbido de un pájaro, que habría tenido algo de amistoso, sino el silbido de un muchacho, resuelto y un tanto agresivo. Sylvia abandonó a la vaca a la triste suerte que pudiera aguardarle y se apartó discretamente hacia los matorrales, pero llegó un instante demasiado tarde. El enemigo la había descubierto, y exclamó con tono muy jovial y persuasivo: «¡Hola, niña! ¿A qué distancia queda el camino?». Y la temblorosa Sylvia respondió casi sin voz: «Bastante lejos». No se atrevía a mirar de frente al joven y alto desconocido, que llevaba una escopeta al hombro, pero salió del matorral y volvió a seguir a la vaca, mientras él caminaba a su lado.

—He estado cazando pájaros —dijo el desconocido con amabilidad —, y me he perdido; necesito mucho un amigo. No tenga miedo — añadió galantemente—. Dígame su nombre, y si cree que podrían alojarme en su casa esta noche para salir a cazar a primera hora de la mañana.

Sylvia estaba más asustada que antes. ¿Acaso no la consideraría su abuela muy culpable? Pero ¿quién podía haber previsto un accidente como ese? No parecía ser culpa suya, y agachó la cabeza como si le fuera a quebrarse el cuello, pero se las arregló para responder «Sylvy» con gran esfuerzo cuando su acompañante volvió a preguntarle el nombre.

La señora Tilley estaba en el umbral cuando el trío llegó a la vista. La vaca lanzó un mugido sonoro a modo de explicación.

—¡Sí, ya puedes defenderte tú solita, viejo martirio! ¿Dónde se había escondido esta vez, Sylvy?

Pero Sylvia guardó un silencio sobrecogido; sabía por instinto que su abuela no comprendía la gravedad de la situación. Debía de estar confundiendo al desconocido con alguno de los mozos de las granjas de los alrededores. El joven apoyó la escopeta junto a la puerta y dejó caer a su lado una pesada mochila de caza; luego dio las buenas noches a la señora Tilley, repitió la historia de su extravío y preguntó si podían darle alojamiento por una noche.

—Póngame donde quiera —dijo—. Debo marcharme muy temprano, antes del amanecer; pero tengo mucha hambre. Al menos leche puede darme, eso está claro.

—Por supuesto, faltaría más —respondió la dueña de la casa, cuya hospitalidad, adormecida hacía tiempo, parecía despertarse con facilidad—. Quizá comería mejor si fuera al camino principal, que está a una milla o así, pero es bienvenido a lo que tenemos. Voy a ordeñar ahora mismo, y póngase cómodo. Puede dormir en colchón de paja o de plumas —ofreció con amabilidad—. Los crié yo misma. Hay buenos pastos para gansos ahí abajo, hacia la marisma. Ahora anda y pon un plato para el señor, ¡Sylvy!

Y Sylvia obedeció al momento. Agradecía tener algo que hacer, y además tenía hambre.

Fue una sorpresa encontrar una vivienda tan limpia y acogedora en aquel rincón de la Nueva Inglaterra silvestre. El joven conocía los horrores de las casas más primitivas, y la sórdida miseria de ese estrato social que no tiene inconveniente en convivir con las gallinas. Aquello era lo mejor de una granja a la antigua usanza, aunque de tan modesta escala que parecía una ermita. Escuchó con avidez la conversación pintoresca de la anciana, contempló el rostro pálido y los brillantes ojos grises de Sylvia con entusiasmo creciente, e insistió en que era la mejor cena que había hecho en un mes; y luego los nuevos amigos se sentaron juntos en el umbral mientras salía la luna.

Pronto sería la época de los arándanos, y Sylvia era de gran ayuda para recogerlos. La vaca daba buena leche, aunque era un suplicio tenerla controlada, cotilleó la dueña de la casa con franqueza, añadiendo luego que había enterrado a cuatro hijos, de modo que la madre de Sylvia y un hijo (que podría estar muerto) en California eran los únicos que le quedaban. —Dan, mi chico, era muy aficionado a la caza —explicó con tristeza—. Nunca me faltaron perdices ni ardillas grises mientras él estuvo en casa. Debe de haber andado mucho mundo, me figuro, y es muy poco de escribir cartas. Bueno, no le reprocho nada; yo también habría visto mundo de haber podido. —Sylvy sale a él —continuó la abuela con afecto, tras una breve pausa—. No hay un palmo de tierra que no conozca de memoria, y los animales del campo la cuentan como si fuera uno de los suyos. Las ardillas se le acercan a comer en la mano, y toda clase de pájaros. El invierno pasado consiguió que los arrendajos vinieran aquí, y creo que se habría quedado sin comer para tener mucho que echarles, si yo no hubiera estado al tanto. Todo menos los cuervos, le digo yo, estoy dispuesta a ayudar a mantener; aunque Dan tenía uno domesticado que parecía tener tanto juicio como las personas. Anduvo por aquí mucho tiempo después de que él se marchara. Dan y su padre no se llevaban bien; pero su padre

nunca volvió a levantar cabeza después de que Dan le plantara cara y se fuera.

El huésped no reparó en este asomo de penas familiares, absorto en su vivo interés por otra cosa.

—¿Conque Sylvy sabe mucho de pájaros? —exclamó, mirando a la niña, que estaba sentada, muy recatada pero cada vez más adormilada, a la luz de la luna—. Yo mismo estoy formando una colección de aves. Llevo en eso desde que era muchacho. —La señora Tilley sonrió—. Hay dos o tres variedades muy raras que llevo cinco años buscando. Pienso conseguirlas por aquí si se pueden encontrar.

—¿Las encierra en jaulas? —preguntó la señora Tilley con recelo, ante tan entusiasta declaración.

—Oh, no; están disecadas y conservadas, docenas y docenas de ellas —dijo el ornitólogo—, y las he cazado o atrapado todas yo mismo. El sábado vi fugazmente una garza blanca a pocas millas de aquí, y la he seguido en esta dirección. Nunca se ha encontrado ninguna en este distrito. La garceta blanca —y se volvió de nuevo hacia Sylvia con la esperanza de descubrir que el raro pájaro le era conocido.

Pero Sylvia estaba mirando un sapo que cruzaba el estrecho sendero.

—La reconocería si la viera —prosiguió el desconocido con vehemencia—. Un pájaro blanco bastante grande, de plumas suaves y patas largas y delgadas. Y tendría el nido quizá en lo alto de un árbol alto, hecho de ramitas, algo parecido al nido de un gavián.

El corazón de Sylvia dio un latido impetuoso; conocía aquel extraño pájaro blanco, y una vez se había acercado sigilosamente a donde estaba parado, entre los altos juncos de un brillante pantano, al otro lado del bosque. Había allí un claro donde el sol parecía siempre extrañamente amarillo y ardiente, donde crecían altos juncos ondulantes, y su abuela le había advertido que podría hundirse en el barro negro y blando y no volvería a saberse de ella

jamás. No muy lejos estaban las marismas de sal, al borde mismo del mar, sobre el que Sylvia tanto se preguntaba y soñaba, aunque nunca lo había visto, y cuya gran voz se oía a veces por encima del ruido del bosque en las noches de tormenta.

—No me imagino nada que me gustara tanto como encontrar el nido de esa garza —estaba diciendo el apuesto desconocido—. Daría diez dólares a quien pudiera mostrármelo —añadió con apremio—, y pienso pasarme las vacaciones enteras buscándolo si hace falta. Quizá estaba de paso, o la habían ahuyentado de su territorio algún ave de rapiña.

La señora Tilley escuchaba todo aquello con asombro, pero Sylvia seguía mirando al sapo, sin advertir, como podría haberlo hecho en un momento de más calma, que el animal quería llegar a su agujero bajo el escalón y estaba muy estorbado por los espectadores inusuales a aquella hora de la tarde. Por mucho que pensara aquella noche, no lograba calcular cuántos tesoros anhelados podrían comprar los diez dólares mencionados tan a la ligera. Al día siguiente, el joven cazador rondó por el bosque, y Sylvia lo acompañó, habiendo perdido ya el primer miedo al amable muchacho, que resultó ser muy bondadoso y comprensivo. Le contó muchas cosas sobre los pájaros: lo que sabían, dónde vivían, cómo se las arreglaban. Y le regaló una navaja, que ella consideró un tesoro tan grande como si hubiera sido una náufraga en una isla desierta. En todo el día no la turbó ni asustó ni una sola vez, salvo cuando derribaba de su rama a algún confiado pájaro cantor. A Sylvia le habría gustado mucho más sin la escopeta; no alcanzaba a entender por qué mataba los mismos pájaros que tanto parecía querer. Pero al caer la tarde, Sylvia seguía mirando al joven con admiración y cariño. Nunca había conocido a nadie tan encantador y delicioso; el corazón de mujer, dormido en la niña, se sentía vagamente estremecido por un sueño de amor. Algo parecido a la premonición de aquel gran poder agitaba y zarandeaba a aquellas dos jóvenes criaturas que atravesaban los solemnes bosques con paso suave y silencioso. Se detenían a escuchar el canto de un pájaro; luego seguían adelante con ímpetu, apartando las ramas,

hablándose raras veces y en susurros; el joven delante, y Sylvia siguiéndole, fascinada, unos pasos atrás, con los ojos grises oscurecidos de emoción.

Le dolía que la anhelada garza blanca fuera tan esquiva, pero no guiaba al huésped, solo lo seguía, y no había modo de hablar primero. El sonido de su propia voz, sin que nadie se la pidiera, la habría aterrado; ya le costaba bastante responder sí o no cuando era necesario. Al fin comenzó a caer la tarde, y llevaron juntos la vaca a casa, y Sylvia sonrió de placer cuando llegaron al lugar donde había oído el silbido y se había asustado apenas la noche anterior.

II

A media milla de casa, en el borde más lejano del bosque, donde la tierra era más alta, se erguía un gran pino, el último de su generación. Si lo habían dejado como mojón o por qué otro motivo, nadie habría sabido decirlo; los leñadores que habían talado a sus semejantes estaban muertos hacía mucho, y todo un bosque de recios árboles, pinos y robles y arces, había vuelto a crecer. Pero la majestuosa copa de aquel viejo pino se alzaba por encima de todos y servía de señal para el mar y la costa durante millas y millas a la redonda. Sylvia lo conocía bien. Siempre había creído que quien trepara hasta lo más alto podría ver el océano; y la niña había puesto muchas veces la mano en el gran tronco rugoso y alzado los ojos con anhelo hacia aquellas ramas oscuras que el viento mecía siempre, por muy caluroso e inmóvil que estuviera el aire abajo. Ahora pensaba en el árbol con una emoción nueva, porque ¿por

qué, si alguien lo subía al amanecer, no podría ver el mundo entero, y descubrir fácilmente de dónde volaba la garza blanca, y marcar el lugar, y encontrar el nido escondido?

¡Qué espíritu de aventura, qué ambición desatada! ¡Qué triunfo y qué alegría y qué gloria imaginados para la mañana siguiente, cuando pudiera revelar el secreto! Era casi demasiado real y demasiado grande para que lo soportara aquel corazón de niña.

Toda la noche estuvo abierta la puerta de la casita, y los chotacabras vinieron a cantar en el mismo umbral. El joven cazador y su anciana anfitriona dormían profundamente, pero el gran designio de Sylvia la mantuvo bien despierta y en vela. Olvidó pensar en dormir. La corta noche de verano le pareció tan larga como la oscuridad del invierno, y cuando por fin callaron los chotacabras, y temió que la mañana llegara demasiado pronto después de todo, se escabulló de la casa y siguió el sendero del prado a través del bosque, apresurándose hacia el terreno abierto más allá, escuchando con una sensación de consuelo y compañía el soñoliento trino de un pájaro a medio despertar, cuya percha había rozado al pasar. ¡Ay, si la gran ola del interés humano que inundaba por primera vez aquella vida apagada arrastrara consigo las satisfacciones de una existencia corazón a corazón con la naturaleza y la muda vida del bosque! Allí estaba el árbol enorme, aún dormido a la luz pálida de la luna, y la pequeña e insignificante Sylvia comenzó con el mayor arrojo a trepar hasta su cima, con la sangre hormigueando y ardiente corriendo por todos sus miembros, con los pies descalzos y los dedos que se aferraban como garras de pájaro a aquella monstruosa escalera que subía, subía, casi hasta el cielo mismo. Primero debía subir el roble blanco que crecía al lado, donde casi se perdió entre las ramas oscuras y las hojas verdes, pesadas y mojadas de rocío; un pájaro echó a volar de su nido, y una ardilla roja corría de un lado a otro gruñendo con irritación ante la inocente intrusa. Sylvia se orientó con soltura. Había trepado allí a menudo, y sabía que más arriba una de las ramas altas del roble rozaba el tronco del pino, justo donde sus ramas más bajas estaban muy

juntas entre sí. Allí, cuando hiciera el peligroso paso de un árbol al otro, comenzaría de verdad la gran empresa.

Avanzó por fin a lo largo de la oscilante rama del roble, y dio el audaz salto al viejo pino. El camino era más difícil de lo que pensaba; debía alargar mucho el brazo y sujetarse fuerte, las ramillas secas y afiladas la enganchaban y la arañaban como furiosas garras, y la resina le dejó los dedos torpes y tiesos mientras subía dando vueltas y más vueltas alrededor del gran tronco del árbol, cada vez más arriba. Los gorriones y petirrojos del bosque abajo empezaban a despertar y a trinar con el alba, y sin embargo parecía haber mucha más luz allí en lo alto del pino, y la niña sabía que debía darse prisa si su propósito había de servir de algo.

El árbol parecía alargarse a medida que ella subía, y extenderse cada vez más hacia arriba. Era como un gran palo mayor para la tierra que navegaba; aquella mañana debió de sentir asombro en todo su enorme almacén al notar aquella chispa resuelta de espíritu humano abriéndose camino de rama en rama. ¡Quién sabe con qué firmeza sostuvieron las ramillas más pequeñas a aquella criatura ligera y débil en su ascenso! El viejo pino debió de querer a su nueva huésped. Más que todos los gavilanes, los murciélagos, las polillas, e incluso los zorzales de dulce voz, era el valiente corazón que latía de aquella solitaria niña de ojos grises. Y el árbol se quedó quieto y alejó con el ceño los vientos de aquella mañana de junio mientras el amanecer crecía brillante en el este.

El rostro de Sylvia era como una estrella pálida, si alguien lo hubiera visto desde abajo, cuando pasó la última rama espinosa y se quedó temblando y agotada pero completamente triunfante en lo alto del árbol. Sí, allí estaba el mar, con el sol naciente lanzando un deslumbramiento dorado sobre su superficie, y hacia aquel glorioso este volaban dos gavilanes con lentas alas. Qué bajos parecían en el aire desde aquella altura, cuando antes solo los había visto muy arriba, oscuros contra el cielo azul. Sus plumas grises eran tan suaves como las de las polillas; parecían estar apenas a un paso del árbol, y Sylvia sintió como si ella también pudiera echar a volar entre

las nubes. Hacia el oeste, bosques y granjas se extendían millas y millas en la distancia; aquí y allá había campanarios de iglesias y aldeas blancas: era un mundo vasto y sobrecogedor.

Los pájaros cantaban cada vez más fuerte. Por fin salió el sol, deslumbrantemente brillante. Sylvia podía ver las velas blancas de los barcos en el mar, y las nubes, al principio moradas, rosadas y amarillas, empezaban a desvanecerse. ¿Dónde estaría el nido de la garza blanca en aquel mar de ramas verdes, y era aquel maravilloso espectáculo y desfile del mundo la única recompensa por haber trepado a semejante altura vertiginosa? Mira hacia abajo ahora, Sylvia, donde la marisma verde está rodeada de abedules brillantes y oscuros abetos; allí donde una vez viste a la garza blanca volverás a verla; imira, mira! una mancha blanca, como una pluma que flota, surge del abeto muerto y crece y sube y se acerca por fin, y pasa junto al pino señero con el vuelo sostenido de sus alas y el cuello delgado extendido y la cabeza con su cresta. ¡Y espera, espera!, no muevas ni un pie ni un dedo, niña, no lances una flecha de luz y de conciencia desde tus dos ojos ansiosos, porque la garza se ha posado en una rama de pino no muy lejos de la tuya, y llama a su pareja en el nido y alisa sus plumas para el nuevo día. La niña exhala un largo suspiro un momento después, cuando una bandada de maulladores mimos llega también al árbol, y enfadada por su aleteo y su alboroto, la solemne garza se aleja. Ella conoce ahora su secreto, el pájaro salvaje, ligero y esbelto que planea y se balancea y regresa como una flecha a su hogar en el mundo verde de abajo. Entonces Sylvia, bien satisfecha, inicia el peligroso descenso, sin atreverse a mirar muy abajo de la rama en que está, a punto de llorar a veces porque le duelen los dedos y los pies doloridos resbalan. Preguntándose una y otra vez qué diría el desconocido, y qué pensaría cuando le contara cómo llegar directamente al nido de la garza.

—¡Sylvy, Sylvy! —llamaba la atareada abuela una y otra vez, pero nadie respondía, y el pequeño jergón de paja estaba vacío y Sylvia había desaparecido.

El huésped se despertó de un sueño y, recordando el placer del día anterior, se apresuró a vestirse para que empezara cuanto antes. Estaba seguro, por la manera en que la tímida niña lo había mirado una o dos veces el día anterior, que al menos había visto a la garza blanca, y ahora había que conseguir que lo dijera. Aquí viene, más pálida que nunca, con su viejo vestido gastado roto y desgarrado, y manchado de resina de pino. La abuela y el cazador están juntos en la puerta y la interrogan, y ha llegado el momento glorioso de hablar del abeto muerto junto a la marisma verde.

Pero Sylvia no habla, a pesar de que la vieja abuela la reprende con impaciencia, y los amables ojos suplicantes del joven la miran directamente a los suyos. Él puede hacerlas ricas con su dinero; lo ha prometido, y son pobres. Merece bien que lo hagan feliz, y espera escuchar la historia que ella puede contarle.

¡No, debe guardar silencio! ¿Qué es lo que de pronto se lo impide y la deja muda? ¿Ha tardado nueve años en crecer para que ahora, cuando el gran mundo le tiende por primera vez la mano, tenga que rechazarla por un pájaro? El murmullo de las ramas verdes del pino llena sus oídos, recuerda cómo la garza blanca vino volando por el aire dorado y cómo contemplaron juntos el mar y la mañana, y Sylvia no puede hablar; no puede revelar el secreto de la garza y entregar su vida. Querida lealtad, que sufrió una punzada aguda cuando el huésped se marchó decepcionado más tarde aquel día, que habría podido servirle y seguirle y amarle como ama un perro. Muchas noches oyó Sylvia el eco de su silbido resonando en el sendero del prado cuando volvía a casa con la vaca rezagada. Olvidó incluso su pena ante el seco estampido de su escopeta y la imagen de los zorzales y gorriones cayendo silenciosos a tierra, con el canto apagado y sus bonitas plumas manchadas y húmedas de sangre. ¿Eran los pájaros mejores amigos que lo que aquel cazador podría haber sido? ¿Quién puede saberlo? Cualesquiera que fueran los tesoros que perdió, ibosque y tiempo de verano, recordad! ¡Traed vuestros dones y gracias y contad vuestros secretos a esta solitaria niña del campo!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB